

Una antropología de la violencia estructural. El caso de Haití

Paul Farmer

Profesor. Universidad de Harvard.

En el mundo poscolonial, solo un conocimiento profundo de la economía política y de la historia permiten comprender en toda su magnitud la epidemia moderna de SIDA y tuberculosis en Haití y otros países. El presente ensayo, sustentado en más de un decenio de investigaciones en zonas rurales haitianas, se nutre además de la obra de Sidney Mintz y de otros autores que han vinculado el proyecto interpretativo de la antropología moderna con la comprensión histórica del alcance de las estructuras económicas y sociales en las que se asienta la afección. El surgimiento y prevalencia de estas epidemias en Haití, donde constituyen las principales causas de muerte entre adultos jóvenes, se originan en el efecto nocivo de la expansión europea en el Nuevo mundo, así como en la esclavitud y el racismo asociados a ella.

Una antropología sincrética y adecuadamente biosocial de estas y otras plagas nos permite ver más lejos y observar, por ejemplo, su estrecha asociación con la pobreza y las desigualdades sociales, expresadas en un riesgo diferenciado de infección y, entre los ya

infectados, en un desenlace adverso —incluida la muerte. Puesto que ambas enfermedades se transmiten de manera diferente, tienen patofisiologías y tratamientos distintos, parte de la tarea interpretativa consiste en vincular esta antropología con la epidemiología y con la comprensión de las diferencias en cuanto al acceso a nuevas técnicas de diagnóstico y terapias ya disponibles para unos pocos afortunados.

Me referiré no solo a Haití, sino a la tuberculosis y al SIDA. Cómo podría *evitar* referirme a estas enfermedades, que cada día cobran quince mil vidas en todo el mundo, la mayor parte de ellas jóvenes. Mi objetivo no es elaborar una gran teoría, sino más bien analizar cómo el concepto de *violencia estructural* puede insertarse en la antropología y en otras disciplinas interesadas en comprender la vida social moderna.

Crear desiertos y borrar la historia

Se atribuye a Tácito el aforismo que reza: «Ellos crearon el desierto y lo llamaron paz». Borrar la historia es quizá el acto de prestidigitación más comúnmente

Tomado de *Current Anthropology*, v. 45, n. 3, Chicago, junio de 2004.

empleado por los arquitectos en sus explicaciones de la violencia estructural. Este acto de distorsión de la historia es parte del proceso de desocialización, necesario para el surgimiento de recuentos hegemónicos de lo acontecido y sus causas. Como ha demostrado Mintz, Haití ofrece el ejemplo más penoso de este borrado de la historia y de por qué resulta importante. Hay épocas, como la actual, en que no se recibe con agrado la exploración de las raíces históricas de un problema ni se cuenta con muchos adeptos para sacar a la luz la urdimbre de estructuras arraigadas que prometen más miseria. Poco después de los acontecimientos del 11 de septiembre, el novelista británico John Le Carré observaba: «Sugerir que existe un contexto histórico para las recientes atrocidades implica, por definición, que tienen una excusa; quien esté con nosotros no diría eso y quien lo diga está contra nosotros».¹

Desde luego, es posible negar simplemente la historia, pero el revisionismo burdo —como el que arguye que los eventos X o Z no ocurrieron— no resulta un instrumento persuasivo ni eficaz en los corredores del poder. No se puede engañar a la gente con tanta facilidad, al menos no a toda la gente todo el tiempo. El borrado de la historia es sutil y paulatino, y depende de ir eliminando los vínculos de tiempo y espacio. Sabemos asimismo que el olvido es también un proceso natural, en última instancia, biológico. El tiempo cura todas las heridas, incluso aquellas que, no habiendo drenado bien nunca, aguardan para abrirse de nuevo, «sorprendiendo» a quienes han olvidado.

Para el etnógrafo, constituye siempre un desafío obtener un buen recuento de un hecho, en tanto siempre está comprometido, digámoslo así, con la búsqueda de la verdad (aunque en ciertos círculos académicos se considera esta búsqueda poco más que romántica o equivocada). A menudo la inquisitoria antropológica comienza con los acontecimientos actuales y etnográficamente visibles. Así, cuando estudiamos la repercusión social de una represa hidroeléctrica, del terrorismo, o de una nueva epidemia, corremos un enorme riesgo de omisión. En estos casos, el borrado es lo más rápido para el poderoso, que usualmente puede actuar sin cortapisas. Pero el desequilibrio del poder no puede borrarse sin la distorsión de su significado. Sin un análisis geográficamente amplio e históricamente profundo, que tenga en cuenta la economía política, se correría el riesgo de percibir solo un residuo de ese significado.

Tal vez vemos los charcos de agua, pero no la lluvia; y tampoco vemos formarse la tormenta. Ambos componentes de este ejercicio explicatorio —lo geográficamente amplio y lo históricamente profundo—

son cruciales. Quienes solo miren al pasado para explicar lo visible desde la etnografía, perderán de vista los entramados del poder que inciden en la miseria de que somos testigos. Algunos de los vínculos que deberán hacerse visibles son los vivientes. La crítica moderna del comportamiento de la etnografía dentro de los confines del (ya rara vez mencionado) imperio británico ha servido de ejemplo clásico en antropología. La antropología africana de Evans-Pritchard y muchos otros ha estado sujeta a esfuerzos por restaurar esos vínculos omitidos.² De hecho, Johannes Fabián ha argumentado que la «negativa de la contemporaneidad» continúa siendo un problema importante en los estudios antropológicos.³

Los que a la hora de explicar la miseria, solo prestan atención a los poderosos actores actuales no verán cómo la desigualdad se estructura y legitima con el paso del tiempo. ¿Qué materiales de construcción se utilizaron, cuándo, cómo y por qué? Al cabo, nuestros esfuerzos por congelar el proceso social en un «presente etnográfico» han venido a complicar nuestro trabajo. «Mediante algún extraño sortilegio», observaba Mintz, «todas y cada una de las monografías antropológicas han hecho desaparecer las señales del presente y de cómo llegó a ser. Este acto de prestidigitación impone una carga a quienes sienten la necesidad de ejecutarlo, y no piensan de manera más sensata acerca de lo que deben estudiar los antropólogos».⁴

Los recuentos ricamente socializados requieren tiempo y espacio; son más largos que la simple descripción de los hechos. Aún aparecen bajo ciertas formas —libros o documentales largos— pero rara vez se los encuentra en los medios que acaparan la atención popular. Los medios de difusión populares favorecen las frases hechas: lo mejor es una explicación de una sola frase como, por ejemplo, «el Islam los obligó a hacerlo», o «el choque de culturas es inevitable», o «nos envidian nuestra buena fortuna». Nuestras obras son extensas, en parte, porque mientras más sabemos sobre algo, más difícil resulta considerar irrelevante cualquier ángulo de interpretación o detalle histórico aparentemente arcano. ¿Cómo podemos estar seguros de su irrelevancia? Si nuestro sentido epistémico de lo relevante deja algo fuera del filtro ¿es esto correcto, o debemos, por el contrario, examinar críticamente nuestro filtro? La relevancia depende de lo que estemos buscando; y mientras mayor sea nuestro conocimiento del material, mayor será el número de hipótesis diferentes que podamos extraer de él. La carga de significado se torna abrumadora en la medida en que se evidencian vínculos entre acciones aparentemente diferentes y lugares distantes. El desafío es mayúsculo cuando se trata de un asunto de vida o muerte.

El Haití «moderno»: la resocialización de la historia y la biología

Doscientos años después de su independencia, tuve la buena suerte de ir a Haití. Allí aprendí mucho sobre el borrado selectivo de la historia y sobre la fuerza, con frecuencia menos escamoteada, de la biología, aunque esos borrados no eran tan evidentes dentro del país. En Haití, el pasado era presente, en forma de proverbios, en el idioma mismo que se hablaba —un producto de la colonia esclava— y en la interpretación popular de sus desgracias actuales. En Haití, la violencia estructural continúa vigente en la vida cotidiana y en la muerte de la parte de la población que vive en la pobreza. La gente sabe cuántos mueren porque son sus familiares, que ellos mismos entierran. Mintz y otros han señalado que Haití es, desde hace mucho, una especie de laboratorio viviente para el estudio de la aflicción, independientemente de cómo se lo defina.⁵

Jean Weise observó hace unos treinta años que «el campesino haitiano vive hoy día en la más terrible miseria y en estrecha familiaridad con la muerte».⁶ Desde luego, el mayor problema es la inimaginable pobreza; mientras una larga sucesión de gobiernos dictatoriales se ha ocupado más del pillaje que de proteger los derechos de los trabajadores, siquiera nominalmente. Eduardo Galeano observaba en 1973, en el apogeo de la dictadura de François Duvalier, que «los salarios que en Haití prescribe la ley son cosa de ciencia ficción; los verdaderos salarios de las plantaciones de café varían de 7 a 17 centavos al día».⁷ Aunque las dictaduras ya no están, las estructuras políticas y económicas transnacionales que les sirvieron de sostén aún existen y continúan causando daños.

Un estudio etnográfico del Haití moderno puede no analizar la manera cómo los habitantes de África Occidental fueron trasladados a Haití;⁸ ni el problema de la tuberculosis, la viruela, el sarampión o la fiebre amarilla. Un etnógrafo moderno podría no mencionar que la antigua colonia fue obligada a pagar a los franceses una «deuda» por la pérdida de la más rentable colonia esclava del mundo. Pero estas cuestiones deben ciertamente considerarse y analizarse sus secuelas; de otra manera no puede siquiera pensarse en un recuento plenamente socializado del presente.

Permítaseme resumir la historia de la posindependencia de Haití. La revolución haitiana comenzó en 1791. El rechazo de Francia a aceptar la pérdida de una colonia tan «eficiente» y rentable condujo, en última instancia, a la expedición de la mayor armada que haya cruzado el Atlántico. Luego de la batalla de Vertières, de la que salieron derrotadas las tropas de Napoleón, Haití fue declarada nación independiente, pero su infraestructura estaba en ruinas. Algunos estiman que más de la mitad

de la población de la isla pereció en la guerra. La tierra era fértil, si bien menos que cuando los europeos implantaron allí el monocultivo, de manera que las autoridades de la nueva república, desesperadas por revitalizar la economía, lucharon por restablecer las plantaciones sin usar abiertamente la esclavitud. Esta era una batalla perdida. Como ha escrito Sidney Mintz: «Una nación completa le dio la espalda al sistema de las grandes plantaciones explotadas con mano de obra esclava».⁹

¿Incluso si existieran otras formas de lograr esas producciones —y, evidentemente, el café, a diferencia de la caña de azúcar, podía cultivarse en pequeñas extensiones de tierra— quién podría comprarlas? Los europeos y la única república que existía además de esta, los Estados Unidos, eran los únicos clientes posibles y, mayormente, se sumaron al embargo francés contra Haití. ¿Cuántos en Francia recuerdan que, a cambio del reconocimiento diplomático, se le pidió a Haití indemnizar a la antigua metrópoli con unos ciento cincuenta millones de francos, en pagos que debía efectuar al gobierno de Carlos X, a partir de 1825? Ciento cincuenta millones de francos en compensación a los dueños de esclavos, un suceso económico-social lleno de significado, entonces y ahora, y de graves consecuencias materiales para los haitianos.¹⁰

Una historia bien documentada, redactada por el antropólogo haitiano Jean Price-Mars, analiza esta compensación de la siguiente manera: «Un país cuyos gastos e ingresos estuvieron, hasta entonces, equilibrados, fue obligado por la incompetencia y frivolidad de los hombres que detentaban el poder a convertirse en una nación cargada de deudas y atrapada en una red de obligaciones financieras imposibles de enfrentar».¹¹

Esto marcaría la tónica para el nuevo país; a saber, concesiones comerciales a los socios europeos y estadounidenses e impuestos indirectos a los campesinos que cultivaban los productos doblando el espinazo bajo el peso de un mundo hostil. Los Estados Unidos, la república esclavista del norte, fueron especialmente hostiles.¹² Obstruyeron la invitación a Haití para participar en la famosa Conferencia Hemisférica celebrada en Panamá en 1825 y rehusaron reconocer la independencia haitiana hasta 1862. Un mundo blanco asustado impuso a Haití el aislamiento, y este se convirtió en un experimento, el primero para los que defendían la emancipación de los esclavos y, después del fin de la esclavitud, para quienes defendían la capacidad de los negros para autogobernarse. En los años que siguieron a la independencia, los Estados Unidos y las potencias europeas aliadas ayudaron a Francia a orquestar una cuarentena diplomática contra Haití, y así, pronto la

nueva república se convirtió en paria dentro de la comunidad internacional.

En 1824, el senador Robert Hayne de Carolina de Sur declaró: «Nuestra política hacia Haití es sencilla. No podemos reconocer su independencia [...] La paz y seguridad de una gran parte de nuestra Unión nos impide siquiera discutirlo».¹³ Pero el aislamiento fue en buena medida diplomático y retórico, como lo recuerdan quienes conocieron en líneas generales la diplomacia de las cañoneras. Los Estados Unidos estuvieron cada vez más presentes como socio comercial y gendarme, lo que condujo a varios choques famosos con los haitianos —famosos en Haití, quiero decir, aunque en buena medida olvidados, por supuesto, en los Estados Unidos.¹⁴ La continuada presencia naval estadounidense condujo, finalmente, a la ocupación armada de Haití en 1915. Este capítulo casi completamente olvidado ya de la historia de los Estados Unidos, duraría 20 años. Aunque aún se debaten las causas, «el control de la aduana fue la esencia de todo el asunto», apuntó el Presidente Woodrow Wilson.

Al menos desde 1915, los Estados Unidos han sido una fuerza dominante en la política haitiana. El ejército moderno de Haití se creó en 1916, a partir de una ley del Congreso norteamericano. Desde el retiro de las tropas en 1934 y hasta 1990, ningún gobierno haitiano llegó al poder sin el visto bueno de los Estados Unidos. Esto dio lugar a una cadena de gobiernos paramilitares hasta llegar, en 1957, al régimen de Duvalier, el mayor beneficiario de los dólares norteamericanos.¹⁵ En realidad, no hubo interrupciones políticas significativas hasta quizá 1990, por lo que el modelo de colonia —colonia esclava— continuó perfilando la vida en Haití. Así como los ricos fueron socializados para el exceso, los pobres lo fueron para la escasez. El manejo del tiempo, los afectos, los alimentos, el agua y las crisis familiares (incluso la enfermedad) se ajustan a este antiguo patrón de mucho por un lado y demasiado poco por el otro.

Con este marco de referencia en mente comencé a estudiar las enfermedades infecciosas específicas —una vieja, la otra nueva— en el Haití rural. En antropología, se ha llamado «teoría de sistemas mundiales» a una versión de este marco de referencia,¹⁶ pero en realidad no se trata de una teoría, sino de un enfoque comprometido con la evidencia etnográfica implícita dentro de las estructuras económicas y sociales históricamente dadas, que conforman la existencia de manera tan dramática, al borde de la vida y la muerte. Tales estructuras son transnacionales; por lo tanto, ni siquiera sus vestigios modernos son verdaderamente visibles en términos etnográficos. Numerosos antropólogos han utilizado este marco de referencia

en un esfuerzo por describir la maquinaria social de opresión y poner de relieve sus conexiones.¹⁷

Con independencia de nuestras interrogantes de investigación específicas, hemos tratado de definir estas estructuras socioeconómicas y de comprender cómo funcionan. A falta de un término más adecuado, con frecuencia he empleado el de «economía neoliberal» para referirme a la constelación de ideas prevaleciente (a veces contradictorias) acerca del comercio, el desarrollo y de la gobernabilidad, que muchos han interiorizado en las opulentas sociedades de mercado. El neoliberalismo es la ideología que promueven los vencedores de las luchas antes mencionadas.

Se afirma que en el meollo de este modelo está el dominio del mercado, impulsado por la competencia, pero en realidad esta ideología le debe mucho a las desigualdades del poder que a su vez replica. Se trata de una ideología que tiene poco que decir acerca de las desigualdades socioeconómicas que distorsionan *las verdaderas* economías y, en cambio, revelan otros medios mediante los cuales estas pueden ser objeto de mayor explotación. El pensamiento neoliberal es fundamental para los esfuerzos modernos de desarrollo, cuyo objetivo no es tanto enmendar la pobreza y las desigualdades sociales como manejarlas. Sus opositores incluyen algunos de aquellos que el desarrollo dejó rezagados, cuya profunda insatisfacción está arraigada en la experiencia borrada que he tratado de resumir.

El trabajo en la región de América Latina me ha convencido de que esta insatisfacción está también asociada a un conjunto de ideas no demasiado diferentes, —y esto es interesante— de las expresadas por el desaparecido Pierre Bourdieu.¹⁸ El racionalismo científico —el de los modelos matemáticos que inspiran la política del FMI o el Banco Mundial, el de las grandes firmas de abogados, las multinacionales jurídicas que imponen las tradiciones del derecho estadounidense a todo el planeta, el de las teorías de acción racional, etc.— es tanto la expresión como la justificación de la arrogancia occidental, que hace a algunas personas actuar como si tuvieran el monopolio de la razón y pudieran constituirse en gendarmes mundiales; es decir, en dueños autodesignados del monopolio de la violencia, capaces de poner la fuerza de las armas al servicio de la justicia universal. Como creo profundamente en las perspectivas y el progreso de la ciencia, señalaré que la ideología que critica la mayoría de los opositores del pensamiento neoliberal es la que emana de las economías de mercado. El objeto de ataque no es la riqueza ni la modernidad misma, y mucho menos cierto «estilo de vida».

Los haitianos que viven en la pobreza tienen amplias razones para estar hartos de la panacea neoliberal, porque ellos encarnan la desigualdad en el mundo

El SIDA en Haití es la historia de sus lazos con los Estados Unidos, y no con África; es una historia de índices de desempleo que superan el 70%. El SIDA en Haití tiene mucho más que ver con la realización del comercio y el turismo en un país paupérrimo que con «la oscura orgía celebrada por negros “enloquecidos por la sangre, el sexo y los dioses”».

moderno. En los últimos decenios, Haití ha experimentado un retroceso económico. El Producto nacional bruto ha disminuido y también la esperanza de vida. ¿Cuáles son las causas de la actual miseria? Desde luego, está la esclavitud y el racismo que es consustancial a la esclavitud, razones ya analizadas en reuniones como la celebrada en Durban, Sudáfrica, en 2001. Permítaseme citar un documento firmado allí por representantes de más de 150 países:¹⁹

La conferencia mundial reconoce y lamenta profundamente el masivo sufrimiento humano y la tragedia de millones de hombres, mujeres y niños causado por la esclavitud, el tráfico de esclavos, el comercio trasatlántico de esclavos, el apartheid, el colonialismo y el genocidio y hace un llamado a todos los Estados concernidos a honrar la memoria de las víctimas de tragedias pasadas, al tiempo que afirma que dondequiera que hayan ocurrido deberán ser condenadas y evitarse su recurrencia.

La conferencia mundial reconoce la necesidad de desarrollar programas para el desarrollo socioeconómico de esas sociedades y su diáspora en el marco de una asociación basada en el espíritu de solidaridad y respeto mutuo en las siguientes esferas: alivio de la deuda, erradicación de la pobreza, creación o fortalecimiento de instituciones democráticas, promoción de inversiones foráneas directas, acceso a los mercados.

Imagínese lo que significa para unos pobres aldeanos escuchar (y digo «escuchar» porque la mayoría no sabe leer) estas palabras en Haití, un país que se duele aún no solo de las compensaciones pagadas a sus antiguos amos, sino de una serie de sanciones que continúan vigentes hasta el día de hoy. El «respeto mutuo» sería bueno, pero la «solidaridad» rara vez se ha expresado en términos prácticos. Como escribió Sidney Mintz: «Si alguna vez existió una sociedad que debió ser totalmente aniquilada, material y espiritualmente, por los efectos de la “modernización”, esa es la de Haití». ²⁰ Si alguna vez hubo una sociedad que clamara precisamente por el tipo de compensación recomendada por «la comunidad internacional», esa es la haitiana. Tácito seguramente diría que este es un lugar donde la guerra ha creado un desierto.

¿Cómo diablos recomponer un lugar tan devastado? Haití carece de carreteras y el estado de sus telecomunicaciones es precario. La agricultura ha tenido

tropiezos casi irreparables y no hay industria con perspectivas de sustituirla. Desde luego, hay un gran debate con respecto a los métodos de desarrollo «a nivel de base» y de producciones para la exportación, así como grandes expectativas con respecto a la «ayuda exterior». El concepto de «microcréditos» ha generado, afortunadamente, una economía informal. ¿Pero cómo funciona el microcrédito en una economía fracasada? Los más pobres tienen menos posibilidades de beneficiarse de los créditos, en la rara circunstancia de que se les concedieran. Personalmente, me preocupa en particular la infraestructura de salud pública. En el pasado decenio fui testigo de dos procesos relacionados en la zona central de Haití: el colapso del sector de la salud pública y el abarrotamiento del hospital del que soy director médico. Incluso cuando nuestro hospital no esté interesado en solicitar ayuda exterior en el sentido convencional, esperamos con ansiedad la reconstrucción del sistema de salud haitiano. La «comunidad internacional» prometió en 1994 ayudar a reconstruir Haití; en ese momento se propuso un paquete de ayuda de quinientos millones.

Pero la comunidad internacional es lo suficientemente extensa —diversa sería el término adecuado— como para decir una cosa y hacer otra. Hemos citado la declaración de Durban, que clama por compensaciones para las sociedades posesclavistas. Coincidimos en que el país más pobre de este hemisferio es también, y no por casualidad, la mayor sociedad posesclavista. Cuba sería la segunda.

Adivinen cuáles son las dos repúblicas del hemisferio occidental sometidas a un embargo, imposibilitadas de recibir ayuda. ¿Cree alguien que los haitianos, al menos aquellos con los que yo convivo, no perciben que este embargo es una continuación de los anteriores? «¿Qué embargo?», podría preguntarse alguien. «¿Un embargo impuesto a Haití, por quién?», se preguntarán.

Desde las elecciones haitianas de 2000, el gobierno de los Estados Unidos ha utilizado su influencia en las instituciones prestatarias internacionales, como el Banco Interamericano de Desarrollo, para retener préstamos, ya aprobados, destinados al desarrollo y al mejoramiento de la salud, educación y calidad del agua en Haití. Y la

ayuda directa proveniente del gobierno de los Estados Unidos elude las estructuras nacionales formales (como los ministerios de Salud y Educación) y se entrega únicamente a agencias no gubernamentales.

¿Cuál podía ser la justificación para tal embargo después de todas las promesas? ¿Acaso alguien se atrevía a afirmar, por ejemplo, que Jean-Bertrand Aristide, tan impopular en Washington DC como popular en las zonas rurales de Haití, no había ganado en buena lid las elecciones presidenciales de noviembre de 2000? No, esa vez las quejas eran acerca de las elecciones legislativas de mayo, meses antes de que Aristide fuera reelecto por amplia mayoría, como siempre, y lo que se disputaba eran ocho escaños senatoriales. El argumento fue que, como supuestamente el conteo de votos no se había hecho correctamente, era necesario realizar otra ronda de elecciones. Así que, ni cortos ni perezosos, los Estados Unidos congelaron la ayuda oficial a Haití.

Quienes estudiamos los modelos de asistencia a otros países podemos tener suspicacias respecto de los verdaderos motivos de esta medida. En un editorial publicado en 2001, Birns y McCarthy lo expresaban muy bien: «¿En qué otro lugar del mundo Washington se niega a enviar ayuda crucial a un vecino hambriento por tener un sistema político subdesarrollado? Los haitianos se dan perfecta cuenta del juego de Washington y consideran el congelamiento de tan necesarios fondos una acción similar al embargo impuesto por los Estados Unidos a Haití luego que su revolución de 1804 convirtiera a la isla en la primera república negra del mundo».²¹

Al parecer, no teníamos problemas para mantener un flujo de cientos de millones a la dictadura de Duvalier. Fuimos sumamente generosos con los militares post-Duvalier, cuyas espectaculares hazañas incluyeron el incendio de la iglesia de Aristide, llena de feligreses mientras se oficiaba misa. Para comparar en qué medida la adhesión rigurosa a ciertos procedimientos electorales determina, en general, el nivel de la ayuda, podríamos considerar a Pakistán que, hasta hace poco, estuvo sometido a un embargo similar pero con verdadera justificación, ya que el General Prevez Musharraf llegó al poder luego de un golpe militar.²² «Mi propósito cuando llegué aquí en agosto —dijo en una entrevista el embajador Chamberlin— era trabajar arduamente para mejorar las relaciones entre Pakistán y los Estados Unidos, de manera que al concluir mis tres años aquí se pudieran levantar las sanciones estadounidenses a Pakistán. Nunca soñé que lograríamos tanto en mis primeros tres meses». Cualesquiera reservas que los Estados Unidos pudieran tener acerca del gobierno militar de Pakistán quedaron olvidadas a partir del 11 de septiembre.²³

¿Cómo se refleja esta hipocresía en los pobres? Tomemos por ejemplo el préstamo No. 1009/SF-HA del Banco Interamericano de Desarrollo (BID)

«Reorganización del Sistema Nacional de Salud». El 21 de julio de 1998, el gobierno haitiano y el BID firmaron un préstamo por 22,5 millones para la primera fase de un proyecto destinado a descentralizar y reorganizar el sistema de atención médica en Haití. La necesidad de mejorar el sistema de atención de salud era urgente, y continúa siéndolo. Hay 1,2 doctores, 1,3 enfermeras y 0,04 dentistas por cada diez mil haitianos; 40% de la población carece de acceso a cualquier modalidad de atención primaria de salud. El índice de SIDA y tuberculosis es, por amplio margen, el más alto del hemisferio, al igual que la mortalidad infantil, juvenil y materna.

Para emplear la jerga bancaria, el proyecto estaba dirigido al 80% de la población, para darle acceso a la atención primaria de salud mediante la construcción de clínicas de bajo costo y dispensarios locales, la capacitación de agentes comunitarios de salud y la adquisición de equipamiento médico y medicamentos esenciales. Para ser considerado exitoso, según sus propios parámetros, el proyecto necesitaría lograr un decrecimiento del índice de mortalidad infantil de 74 a 50 fallecidos por mil nacidos vivos, en la mortalidad juvenil de 131 a 110 fallecidos por mil nacidos, y de la tasa de nacimientos de 4,6 a 4, así como un decrecimiento del índice general de mortalidad —atribuible a la ausencia de una adecuada atención de salud—, de 10,7 a 9,7 por mil.

Estos fueron objetivos no demasiado ambiciosos. La mayoría de quienes evaluaron el proyecto lo consideraron viable y bien diseñado. La firma tuvo lugar hace varios años. La ratificación del acuerdo sobre el préstamo fue retenida inicialmente por la XLVI legislatura, famosa por su obstruccionismo, cuyo propósito resultaba evidente para los haitianos; a saber, paralizar todos los servicios sociales, incluida la atención médica, a fin de socavar cualquier esfuerzo del ejecutivo (aún entonces encabezado por Aristide) por mejorar las condiciones de vida de la mayoría pobre que lo eligió abrumadoramente en 1990 y que haría lo mismo en breve.

En octubre de 2000, luego de la instalación de la XLVII legislatura, más representativa, el nuevo parlamento de inmediato votó por la ratificación del proyecto de salud y por otros tres acuerdos sobre préstamos cruciales del BID. No obstante, a principios de marzo de 2001, el BID aún no había desembolsado el préstamo, pero anunció que tenía intenciones de trabajar plenamente con el nuevo gobierno de Aristide y financiar los proyectos ya aprobados. Sin embargo, exigió que se cumpliera una serie de condiciones, según las cuales la nación más pobre del hemisferio debería pagar millones de dólares por deudas contraídas por las anteriores dictaduras auspiciadas por los Estados

Unidos, así como «comisiones de crédito» e intereses sobre los fondos no desembolsados aún. Por ejemplo, ya el 31 de marzo de 2001, Haití debía al BID 185 239,75 dólares por concepto de «honorarios de comisión» sobre un préstamo no recibido. La cantidad total de honorarios que debía por los cinco préstamos para el desarrollo otorgados por el BID era de 2 311 422 dólares. Si en el siglo XIX Haití tuvo que pagar «compensaciones» a los dueños de esclavos, al principio del siglo XXI se le estaba aplicando otro tipo de extorsión para garantizar que no alcanzara demasiada independencia.

El préstamo para la salud todavía no ha sido desembolsado y, por lo tanto, continúa el embargo de la ayuda internacional a Haití, a pesar de que el gobierno haitiano ha cumplido con todas las estipulaciones requeridas para la solución de las disputadas elecciones. Entretanto, el patio que rodea nuestro hospital continúa desbordado; esta es la parte etnográficamente visible.

Estos detalles acerca de préstamos y demás particularidades pueden parecer pedestres a un auditorio académico, y ciertamente no serían de gran interés para mí, de no ser por su repercusión directa y profunda en los vulnerables.²⁴ Pero su importancia es de vida o muerte. Los renuentes a confiar en un médico antropólogo en lo tocante a este punto, solo deben considerar el caso de Anite, a punto de morir de un cáncer de mama con metástasis. Ella vive en un mundo donde es posible concurrir a catorce clínicas sin recibir un diagnóstico ni un paliativo. Las fronteras de ese mundo, donde sus opciones, e incluso sus sueños, están severamente limitados, han sido perfiladas por los procesos históricos y económicos descritos en este artículo. Bordieu empleó el término «habitus» como un principio «estructurado y estructurante». La violencia estructural es estructurada y *estructurante*, y aprisiona las acciones de sus víctimas.

Se trata de un nudo físico, que se tensa alrededor de sus cuellos. Este agarrotamiento determina la manera de asignar y recibir los recursos —alimentos, medicinas, incluso afecto. La socialización por escasez se informa mediante una compleja red de acontecimientos y procesos que se extienden hacia atrás en el tiempo y a través de los continentes. Los haitianos tienen un proverbio: *Grangon se mizè; van plen se traka* (Hambre trae miseria; panza llena trae problemas).

Crear milagros: borrar la biología

Con frecuencia, especialmente entre los vulnerables, la historia y su borrado se manifiestan en indicadores de mala salud. Las personas que se agolpan en el patio de nuestra clínica, en vez de acudir a otras clínicas más

vacías donde los «honorarios del usuario» mantienen alejados a los pobres, pueden pensar que se trata de algo temporal. Esto dependerá de quienes toman las decisiones en Washington, no en Puerto Príncipe ni en la zona central de Haití. La violencia estructural asume nuevas formas en cada etapa. En lo concerniente a los salarios y las condiciones de trabajo, hemos escuchado hablar de «la carrera hacia abajo».

Si la historia resulta indispensable para el estudio de la violencia estructural, lo mismo puede decirse de la biología. ¿Cómo cobra su precio la violencia estructural? Algunas veces con bombas, o incluso aviones convertidos en bombas, o con balas. Pese a su espectacularidad, el terrorismo y los bombardeos de castigo no son más que jugadores menores en cuanto a las víctimas que causan. La violencia estructural, que yace en la raíz de una buena parte del terrorismo y los bombardeos, acaba con los cuerpos más lentamente, con frecuencia a través de enfermedades infecciosas.

Existe la noción dentro de la antropología de que su subcampo médico es más bien pedestre. Esto es un error. Lo digo no porque sienta mi amor propio herido, sino porque estoy persuadido de la necesidad de una antropología médica fuerte para comprender cómo la violencia estructural cobra sus víctimas. La tuberculosis y el SIDA causan millones de muertes prematuras cada año. De hecho, estos dos patógenos son en la actualidad las principales infecciones causantes de muerte en adultos de todo el mundo. Todos los interesados en la violencia estructural deben tener un interés particular por estas enfermedades y por las estructuras sociales que las perpetúan.

Una explicación antropológica debe ser, como sugiere Kroeber, tanto biológica como social. Permítaseme ilustrarlo con la más conocida de estas dos enfermedades. A la tuberculosis se le llama desde hace mucho «la peste blanca»; se estima que surgió con la revolución industrial y luego casi desapareció. Sin embargo, tal como señala la historiadora Catherine Ott, «la tuberculosis no es “resurgente” para aquellos que han tenido que luchar con ella y resultar marginados por su causa durante toda su vida».²⁵ Una tercera parte de la población mundial está infectada con el organismo que provoca esta enfermedad. Cabe esperar de ocho a diez millones de casos anualmente, con dos o tres millones de fallecidos.

¿Qué enfoque asumiría una antropología crítica hacia la tuberculosis? Lamentablemente, una buena parte de los trabajos realizados hasta hoy se han concentrado en las llamadas «creencias culturales» de las víctimas de la tuberculosis. En Haití, por ejemplo, los antropólogos se han apresurado a señalar que los lugareños con frecuencia consideran la tuberculosis una enfermedad provocada por la hechicería. Alfred Métraux escribió

acerca de la «expedición del muerto» como causa de lo que para cualquier clínico sería una tuberculosis no tratada: «Quien sea presa de uno o más muertos enviados contra él, empieza a adelgazar, escupir sangre y pronto fallece». ²⁶ Algunas décadas más tarde, abordé esta cuestión de las creencias populares, y descubrí que muchos de los términos empleados en el Haití de finales del siglo XX provenían exactamente de las plantaciones de esclavos. ²⁷

Investigaciones etnográficas realizadas en la Llanura central, en el decenio de 1980, revelaron que la mayoría de los afectados por la tuberculosis creían que la enfermedad se la habían enviado mediante brujería. Un decenio más tarde, luego de un eficaz programa de tratamiento de la tuberculosis, Didi Bertrand y otros apuntaron que se la consideraba cada vez más una enfermedad infecciosa presente en el aire, que se podía tratar; y así empezó a desaparecer el estigma asociado al padecimiento.

El trío indisoluble de antropología, historia y biología resulta aún más evidente cuando observamos con atención la más reciente plaga que azota al mundo y la compleja trayectoria de su agente causante, en este caso, un virus. Desde que el síndrome fuera descrito por vez primera, el SIDA también se ha clasificado como «enfermedad social», y la han estudiado científicos sociales, incluso antropólogos. Al respecto, se han escrito tesis y libros. Un académico se refirió, en una primera etapa, a «una epidemia de significación». ²⁸ Cuando se reconoció al SIDA por primera vez, en los inicios del decenio de 1980, estuvo claro enseguida que se trataba de una enfermedad infecciosa, aunque no faltaron otras interpretaciones más exóticas. Antes que Luc Montagner descubriera el VIH, muchos pensaban que el agente etiológico era un virus nunca antes descrito, y las personas querían saber, como sucede con frecuencia, de dónde había salido esa enfermedad. Durante los 80, circuló en los Estados Unidos una hipótesis según la cual el VIH había llegado a ese país procedente de Haití. Artículos periodísticos, reportajes de televisión e incluso publicaciones académicas, asumían que los profesionales haitianos, huyendo del régimen de Duvalier, habían ido a parar al África Occidental, y a su regreso a Haití, habían traído el nuevo virus, desde donde se introdujo en los Estados Unidos. Se decía que el SIDA proliferaba en Haití debido a las extrañas prácticas del vudú, que incluían rituales de sangre y sacrificio de animales.

Estas teorías son absurdas desde el punto de vista etnográfico, pero también están erradas por otras razones. Primero, son epidemiológicamente incorrectas. El SIDA en Haití no guarda relación alguna con el vudú, ni con África. Segundo, tuvieron un efecto adverso para Haití y para los haitianos residentes en Norteamérica y

Europa; el colapso de la industria turística a mediados de los 80 se debió en gran medida a rumores acerca del VIH. La percepción de muchos ciudadanos estadounidenses de que «haitiano» era casi sinónimo de «infectado con el VIH» está bien documentada. ²⁹

¿Cómo, entonces, se introdujo el VIH en la nación isleña? Un organismo intracelular tendría necesariamente que atravesar el mar en un huésped humano. Quedaba claro, desde el principio, que el VIH no había llegado a Haití procedente de África. Ninguno de los primeros haitianos diagnosticados con el nuevo síndrome había estado en África; la mayoría jamás había conocido a un africano. Sin embargo, muchos sí tenían historias de contactos sexuales con estadounidenses.

En un trabajo de 1984 publicado en una revista académica, el médico haitiano Jean Guérin y colegas revelaron que 17% de sus pacientes reportaban una historia de contacto sexual con turistas de los Estados Unidos. ³⁰ Estos encuentros incluyeron el intercambio de dinero, así que «el turismo sexual» —que inevitablemente se produce cuando existen marcadas desigualdades económicas— constituyó un primer paso crítico en la introducción del VIH en Haití. De hecho, el subtipo viral refleja que la epidemia haitiana de SIDA es una subepidemia de otra ya existente en los Estados Unidos. ³¹

Hay mucho más, desde luego, en lo tocante a la «historia oculta» del SIDA en Haití. Cuando el VIH ya circulaba en las Américas, Haití no dependía económicamente de Francia, como en siglos anteriores, sino de los Estados Unidos. Desde los tiempos de la ocupación militar estadounidense a través de las dictaduras duvalieristas (1957-1986), los Estados Unidos se convirtieron en el árbitro principal de los asuntos haitianos. Después del retiro de las tropas en 1934, la influencia estadounidense en Haití, lejos de disminuir, aumentó. Los proyectos agrícolas comerciales estadounidense-haitianos fracasaron, con la consiguiente profundización de las desigualdades en todo el país y una mayor pobreza para el campesinado, pero los lazos entre los dos países no desaparecieron. Haití se convirtió en el principal beneficiario de la «ayuda» norteamericana, que pasó a ser, junto a las «instituciones financieras internacionales», la fuente más segura de divisas para la familia Duvalier. Mientras tanto, Haití devino la novena mayor ensambladora de productos estadounidenses en el mundo, y cuyas importaciones provenían, casi en su totalidad, de los Estados Unidos. El turismo y la *soustraitance* (ensambladoras fuera del territorio continental) sustituyeron al café y a otros productos agrícolas como principales fuentes de ingresos en divisas para Haití.

Haití es el ejemplo extremo de un patrón general. Si usamos datos del comercio para evaluar el grado de

dependencia de los países de la cuenca del Caribe de los Estados Unidos, en los momentos que apareció el VIH en la región, encontraremos que los cinco países con vínculos más estrechos con el Norte fueron los cinco con más alta prevalencia de VIH. Cuba es el único país en la región sin vínculos estrechos con los Estados Unidos. No es mera coincidencia que Cuba fue, y aún es, el país con más baja prevalencia de VIH en las Américas. Así, fue posible concluir un libro anterior sobre el tema afirmando que «el SIDA en Haití está más bien asociado a la proximidad que a la distancia».³² El SIDA en Haití es la historia de sus lazos con los Estados Unidos, y no con África; es una historia de índices de desempleo que superan el 70%. El SIDA en Haití tiene mucho más que ver con la realización del comercio y el turismo en un país paupérrimo que con «la oscura orgía celebrada por negros “enloquecidos por la sangre, el sexo y los dioses”», como afirmara Alfred Métraux.

Pero este era solo el comienzo de una historia biosocial del virus. Los hombres haitianos que habían tenido relaciones sexuales con estadounidenses eran en su inmensa mayoría muy pobres; así que se trataba de sexo por dinero. Estos haitianos, a su vez, transmitieron el VIH a sus esposas y novias. A través de vínculos afectivos y económicos, el VIH muy pronto se abrió paso por los barrios marginales urbanos de Haití, y se extendió luego a otras ciudades y poblados más pequeños, hasta llegar finalmente a aldeas como aquella donde trabajo. Haití es, en estos momentos, el país más afectado por el VIH en las Américas; pero la introducción y expansión del nuevo virus tiene una historia biosocial que algunos quisieran ocultar.

Como muchos antropólogos, no siempre fui lo suficientemente cuidadoso como para evitar la separación de lo social y lo material. Pero el VIH, aunque precipitado en su expansión por muchas fuerzas sociales, es tan material como cualquier otro microbio, y una vez en el cuerpo, su repercusión es profunda, tanto biológica como socialmente. En la medida en que se destruye la inmunidad celular, la mayoría de los pobres que viven con el VIH se ven afectados por la tuberculosis. Se ha dicho que el pasado año el VIH superó a la tuberculosis como causa de muerte infecciosa principal entre adultos, pero en realidad estas dos epidemias están estrechamente ligadas. Además, basta ver el impacto del VIH en la esperanza de vida de ciertos países del África sub-sahariana para darse cuenta de que este virus ha tenido, en apenas el lapso de una generación, un profundo efecto en la estructura familiar.

Todo esto es a la vez interesante y horrible. ¿Qué podría haberse hecho para evitar las muertes causadas por estos dos patógenos? ¿Qué podría hacerse ahora mismo? Se podría pensar que, al menos la cuestión de

la tuberculosis podría resolverse, ya que, en ausencia de un huésped no humano, bastaría detectar y tratar con celeridad todos los casos activos, para poner fin a las muertes por esta enfermedad. Pero falta el dinero y la voluntad política, lo que de nuevo nos lleva a la violencia estructural y las hegemonías que la sustentan: la materialidad de lo social.

Por otra parte, podría decirse que el SIDA es más complicado. No existe una cura. Pero las terapias actuales han tenido una gran repercusión en la mortalidad entre las poblaciones favorecidas de los Estados Unidos y Europa. La diferencia estriba en hacer llegar la terapia a quienes más la necesitan. Aunque esto requeriría importantes recursos, el costo proyectado para los próximos años es menor que el dinero asignado diariamente para el rescate de la industria de las aerolíneas estadounidenses.³³ Sin embargo, las hegemonías dominantes ya han definido al SIDA como un problema inmanejable. Con frecuencia, las justificaciones son bizantinas. Por ejemplo, un funcionario de alto nivel dentro del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos (que inteligentemente prefirió permanecer en el anonimato) argumentó que los africanos «tienen un concepto diferente del tiempo» y, por lo tanto, serían incapaces de tomar los medicamentos a su hora, de ahí que no haya inversiones para la terapia contra el SIDA en África. El director de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional identificó luego la falta de relojes pulsera como la primera gran dificultad.³⁴ Los relojes pulsera baratos no son nada escasos, pero el problema principal sigue siendo la voluntad política. Algunos han hecho hincapié, más honradamente, en los elevados costos de los medicamentos, o en la ausencia de una infraestructura de atención médica en los países más afectados por el VIH. Otros señalan el temor a desarrollar resistencia a los medicamentos retrovirales. La lista es conocida por los interesados en la tuberculosis y otras enfermedades crónicas tratables que afectan a los pobres de manera desproporcionada. La distribución del SIDA y la tuberculosis —como otrora la esclavitud— viene dada por la historia e impulsada por la economía.

¿Qué características en común tienen las desgracias de siglos pasados y las del presente? Las desigualdades sociales están al centro de la violencia estructural. El racismo de uno u otro tipo, la desigualdad de género y, sobre todas las cosas, la brutal pobreza en presencia de la opulencia, están vinculadas a los planes y programas sociales que abarcan desde la esclavitud hasta la actual búsqueda de un crecimiento desenfrenado. Estas condiciones son causa y consecuencia de que haya desplazados, guerras —declaradas y no declaradas—, así como odios latentes y ocultos, que convierten la

irrupción del *Schadenfreude* en una conmoción para quienes pueden darse el lujo de ignorar, en su mayor parte, el sostén histórico de los conflictos actuales. El racismo y otros sentimientos afines —la desatención, e incluso, el odio hacia los pobres— subyacen en la actual falta de determinación para intentar de veras resolver estos y otros problemas. No basta con cambiar actitudes, pero las actitudes pueden hacer que algo suceda.

La violencia estructural es la expresión natural de un orden político y económico que parece tan antiguo como la esclavitud misma. Esta red social de explotación, en sus numerosas variantes históricas, es desde hace mucho global, o casi global, por su alcance. Y este orden económico ha sido coronado por el éxito: cada vez son más las personas que pueden exhibir peinados sofisticados o su equivalente moderno, si lo desean. A decir verdad, podría argumentarse que la violencia estructural ahora nos llega con pilares simbólicos aún más poderosos —de hecho, más convincentes— que cualquiera de los elementos disponibles para combatirlos. Los ejemplos incluyen desechar cualquier voz divergente como «poco realista» o «utópica», el decepcionante fin del experimento socialista en algunos países (no en todos), la creciente centralización del control sobre el capital financiero y lo que algunos perciben como la criminalización de la pobreza en países económicamente avanzados.

Nuestro trabajo consiste en documentar, tan meticulosa y honradamente como sea posible, el complejo entramado de una vasta maquinaria entronizada en una economía política que solo un romántico calificaría de frágil. Lo frágil es más bien nuestro empeño en hacer un recuento más verídico y en combatir la amnesia. Esperaremos por el «fallo en la matriz», para que sean más los que puedan ver con claridad su costo, no entre nosotros (porque quienes leemos revistas y hacemos análisis sociales estamos por definición protegidos), sino entre aquellos que aún se quiebran el espinazo en la tarea imposible de vivir con casi nada, mientras otros nadan en la opulencia.

Traducción: Gerardo Rodríguez Fuentes.

Notas

1. John Le Carré, «A War We Cannot Win», *The Nation*, Nueva York, 19 de noviembre de 2001, p. 15.
2. Véase, por ejemplo, Renato Rosaldo, «From the Door of His Tent: the Fieldworker and the Inquisitor», en James Clifford y George E. Marcus, comps., *Writing Culture*, University of California Press, Berkeley, 1986, pp. 77-97.
3. Johannes Fabian, *Time and The Other: How Anthropology Makes Its Object*, Columbia University Press, Nueva York, 1983.

4. Sidney W. Mintz, *Sweetness and Power: the Place of Sugar in Modern History*, Elisabeth Sifnon Books, Nueva York, 1985, p. xxxvii.

5. Sidney W. Mintz, *Caribbean Transformations*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1974. Mintz nos recuerda que muchos de los fenómenos globales que hoy estudiamos no son nuevos. Más específicamente, la historia de Haití, y la de una buena parte del Caribe, presagia las críticas actuales respecto del transnacionalismo. ¿Por qué entonces el vocabulario de aquellos eventos se ha vuelto tan útil a los transnacionalistas de hoy? ¿Acaso tenemos derecho a preguntarnos si esto significa que el mundo se ha tornado más en un macrocosmos de lo que era la región del Caribe en el siglo xvi? De ser así, ¿no debiéramos preguntarnos por qué el mundo se demoró tanto en llegar hasta aquí, especialmente cuando lo que está ocurriendo ahora se supone que sea cualitativamente tan diferente del pasado reciente? ¿O será más bien que la experiencia caribeña no era más que el capítulo de un libro en preparación, antes que el título del libro —capitalismo mundial— fuera conocido por sus autores?

6. Jean Weise, «The Interaction of Western and Indigenous Medicine in Haiti in Regard to Tuberculosis», Tesis de doctorado, Universidad de North Carolina, Chapel Hill, 1971, p. 38. Vale la pena señalar que quienes tienen un empleo miserable son considerados afortunados en un país donde, la omnisciente Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos (CIA) calcula el desempleo en 70% (<http://www.cia.gov/cia/publications/factbook/geos/ha.html>). No es extraño que la CIA esté interesada en el tema, pues Haití fue hasta hace muy poco uno de los principales centros de ensamblaje de productos estadounidenses en el mundo, continuación de su papel histórico, pero invisible como fuente de mano de obra barata explotada por las potencias occidentales. Charles Kernaghan describe las condiciones de estos trabajadores haitianos modernos en plantas de ensamblaje de propiedad estadounidense en ultramar (*Haiti After the Coup: Sweatsshop or Real Development?*, U.S. National Labor Committee, Nueva York, 1993). Desde luego, las industrias estadounidenses no son las únicas que practican esta explotación, como se evidencia en un informe reciente sobre las condiciones laborales en los naranjales que le aportan a la marca Grand Marnier su toque distintivo (Katherine Butler, «Grand Marnier Workers Toil for Pounds to a Day on Haiti Plantation», *The Independent*, Londres, 16 de julio de 2000, p. 3).

7. Eduardo Galeano, *Open Veins of Latin America: Five Centuries of the Pillage Of a Continent*, Monthly Review Press, Nueva York, 1973, p. 12.

8. Sin embargo, las primeras víctimas haitianas fueron los nativos de la isla, quizás ocho millones en 1492, totalmente desaparecidos ya en la época en que franceses y españoles luchaban por la isla a finales del siglo xvii —y casi totalmente olvidados por el borrado selectivo de la historia y la biología. Una vez más, el privilegio del olvido pertenece a los vencedores.

9. Sidney W. Mintz, «The Caribbean Region», *Slavery, Colonialism, and Racism*, W. W. Norton, Nueva York, 1974, p. 61.

10. Haití ahora reclama la restitución de la deuda francesa. Para más información sobre el caso véase Paul Farmer, «Douze points en faveur de la restitution a` Haïti de la dette Française», *L'Union*, París, 11 de noviembre de 2003.

11. Jean Price-Mars, *La République d'Haïti et la République Dominicaine: les aspects divers d'un problème d'histoire, de géographie et d'ethnologie*, Imprimerie Held, Lausanne, 1953, pp. 169-70.

12. Robert Lawless, *Haiti's Bad Press*, Schenkman Books, Rochester, 1992, p. 56.

13. Citado en Hans Schmidt, *The United States Occupation of Haiti, 1915-1934*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1995, p. 28.
14. Para más detalles, véase Paul Farmer, *The Uses of Haiti*, Common Courage Press, Monroe, 2003.
15. Para más información sobre las dimensiones del apoyo de los Estados Unidos a la dictadura de la familia Duvalier y las justificaciones para otorgarlo, véase Paul Farmer, *The Uses of Haiti*, ob. cit.
16. Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Academic Press, San Diego, 1974.
17. Sidney W. Mintz, «The So-Called World System: Local Initiative and Local Response», *Dialectical Anthropology*, n. 2, Nueva York, 1977, pp. 253-70; William Roseberry, «Political Economy», *Annual Review of Anthropology*, n. 17, Houston, 1988, pp. 161-85.
18. Pierre Bourdieu, *Contre-Feux: propos pour servir à la résistance contre l'invasion néo-libérale*, Raisons D'agir, París, 1998, p. 25.
19. Declaración de la Conferencia Mundial contra el racismo, la discriminación racial, la xenofobia y otras intolerancias, Durban, Sudáfrica, 31 de agosto al 8 de septiembre de 2001. (<http://www.unhchr.ch/html/racism/Durban.htm>, consultado el 8 de abril de 2002). Como quiera que se le llame a esto, sociología, antropología o «ciencias» políticas, detengámonos a observar esta «conferencia mundial». ¿Quiénes son estas personas? Son representantes de naciones y organizaciones no gubernamentales. Muchos los llaman —ellos se llaman a sí mismos— la «comunidad internacional». Estudiaron en universidades importantes de los Estados Unidos y Europa, y hablan inglés, además de otros idiomas. Ellos somos nosotros.
20. Sidney W. Mintz, «Introduction», en Alfred Métraux, *Haitian Voodoo*, Schocken, Nueva York, 1972, p. 7.
21. Larry Birns y Michael Marx McCarthy, «Haiti Needs U.S. Aid, not Ineffective Manipulation», *Miami Herald*, Miami, 21 de diciembre de 2001.
22. El 21 de agosto de 2002, Musharraf «unilateralmente» introdujo enmiendas en la Constitución de Pakistán para ampliar aún más su control del país. En dichas enmiendas, proclamó el derecho a disolver el parlamento electo e introducir enmiendas adicionales según su deseo. David Rohde, «Musharraf Redraws Constitution, Blocking Promise of Democracy», *New York Times*, Nueva York, 22 de agosto de 2002.
23. John F. Burns, «U.S. Envoy Sees Her Role Reverse», *International Herald Tribune*, París, 26 de noviembre de 2001, p. 3.
24. Paul Farmer, «Unjust Embargo of Aid for Haiti», *The Lancet*, n. 361, Londres, 2003, pp. 420-23.
25. Katherine Ott, *Fevered Lives: Tuberculosis in American Culture*

© TEMAS, 2007